

La debilidad del poderoso

No tengo ninguna objeción del aforismo popular que dice: *frente a la muerte todos somos iguales*. Lo veo como un consuelo para el humilde al cual le permite vivir con la esperanza de equidad y para el poderoso al que le establece un límite para su poder terrenal. Sin embargo, he comprobado que no es necesario morir para evidenciar que, frente a ciertas situaciones de la vida, el poderoso es débil y el débil puede llegar a demostrar gran valor.

En el momento en que recibí el encargo de realizar este documental dudé en aceptarlo, sobre todo por las advertencias de orden público de la región donde debía grabarlo y sin dejar atrás el hecho de que una cámara de video es un arma para los que temen ser identificados y, en este sentido, no son pocos los reporteros asesinados por los grupos armados ilegales. A pesar de lo anterior, el tema del documental para el cual me contrataban, que debía de narrar las expresiones artísticas de las comunidades indígenas de sectores rurales de Ituango, era mi mayor motivación, dada mi formación como artista. Acepté el reto de hacer el documental tal vez por el valor que me dio mi juventud de aquellos días, el interés por el tema o simplemente por la emoción de desafiar el peligro.

Durante la preproducción el comandante paramilitar de la zona aprobó mi ingreso para el rodaje y al menos conté desde la distancia con su permiso. Esto no era prenda de garantía para mi seguridad, pero era mejor que nada. El permiso exigía no grabar a ningún miembro de este grupo irregular, no preguntar, ni grabar nada más allá del tema y, por supuesto, el material de grabación debía ser revisado por el comandante. Antes del rodaje, mi contacto en la comunidad me había sugerido llevar golosinas a los niños que solían rodear a los extraños que llegaban, por mi experiencia sabía que estos serían mis aliados siempre que salía de rodaje, tal vez por la novedad, la cámara, los trípodes y parafernalia propia del rodaje que les llamaba la atención. Por esta razón, compré una gama variada y abundante de chocolates, dulces, bombones y otros encantos para el paladar de los niños. Sin más, salí de la ciudad a ponerle el pecho a las dificultades con la esperanza de realizar un documental del cual me sintiera orgulloso.

Luego de siete horas de viaje, al principio en auto y luego a pie, con la cámara y equipaje a lomo de mula recorrimos el borde del río Cauca por horas hasta llegar a un caserío donde efectivamente fuimos recibidos alegremente por una gran cantidad de niños que me rodearon y me preguntaban que si les había llevado algo, entonces saqué una buena porción de mis dulces y se los repartí. Todo sucedía mientras que a la distancia lograba observar de reojo, sin confrontar sus miradas, a varios hombres armados, vestidos de camuflaje, entre los cuales sobresalía en el centro un hombre moreno, alto y corpulento que me miraba detenidamente mientras les musitaba algo a sus subalternos. Sentí un miedo tan grande comparado con el deseo de no demostrarles mi temor, así tuve que controlar un ligero temblor que se iniciaba en mis manos. Ese primer día logré realizar las primeras entrevistas a algunos artistas de la comunidad indígena, no sin la permanente presencia del comandante detrás de la cámara que no perdía ni uno solo de mis movimientos, de mis preguntas y mis palabras. Su presencia durante todos los cuatro días de rodaje fue permanente, nunca me hablaba, solo me observaba, impertérrito, sin gestos, sin dirigirse a mí, lo que daba mayor desconfianza de lo que podía estar pensando.

Al tercer día de grabación, luego de la hora del almuerzo me senté a reposar antes de reiniciar mi labor y como siempre, estaba rodeado de niños que me hacían preguntas, y esto era tal vez el momento más tenso, porque las preguntas que hacían, aunque eran cándidas en términos

generales, no se sabía con que iban a salir y hasta donde podía contestarlas. En estos momentos, el comandante con dos o tres de sus guardaespaldas estaba cerca de mí, espiando mis palabras y lo que les podía contar a los niños. Recuerdo nítidamente que uno de los niños me preguntó cómo eran los carros, no podía comprender por qué no conocían los carros. En la década de los noventa aún no había llegado el internet a Colombia y la televisión no existía en ese caserío, pues no había electricidad, las baterías de la cámara solo las podía recargar con una pequeña planta que usaban de noche para iluminar las pocas casas, sobre todo, cuando no había luna.

Lo que más me sorprendió en ese momento fue la invitación que estos niños, algunos mayorcitos, me hicieron para que cruzáramos el río Cauca nadando, el segundo río de mayor extensión en Colombia, no podía creer que fueran capaces de hacerlo. Por su propia iniciativa, armaron una competencia que consistía en que el que llegará primero al otro lado recibiría de mi parte una importante cantidad de dulces como premio, no supe que contestar, el comandante y sus tres hombres a pocos metros de donde yo estaba con los chicos, oían y miraban de reojo atentos a mi respuesta. Guardé silencio mientras pensaba que responder, pensé hasta en lanzarme al agua con ellos, nadar, llegar primero para eludir la respuesta, pero mi recuerdo traumático de ver ahogarse a un amigo en el río Cauca años atrás me lo impidió. Finalmente les respondí que sí, que le daría un puñado de dulces, chocolates y bombones al que llegara primero, y no había terminado, cuando ya todos se habían lanzado al agua. Todo terminó bien, le di el puñado de dulces al ganador y el comandante sin gesto de aprobación, ni reprobación me dejó vivir.

El cuarto día, en las horas de la madrugada y antes de terminar mi rodaje, decidí subir a una pequeña montaña que rodeaba el caserío para hacer unas tomas de contexto y ubicación para el documental. Por la hora tan temprana los chicos aun dormían y no me acompañaron, a esta altura ya había logrado construir una cierta empatía con ellos y hasta me hacían falta. Cargué mi cámara, el trípode y subí la loma de la montaña. En la cima se veía el caserío a mis pies y el río que se estrechaba en ese punto por el cañón que creaban las montañas y en ese momento valoré aún más a aquellos niños, que sin temor a ahogarse, cruzaban el río como si fuera una piscina. Me senté sobre la hierba durante unos momentos para tomar aire antes de alistar los equipos para grabar el hermoso amanecer que comenzaba a iluminarlo todo. El sol despuntaba entre las altas montañas y anunciaba un sol canicular y húmedo como el que suele hacer en esta región. Daba gracias a la vida y al Creador por permitirme vivir esta experiencia y por estar con vida, al menos hasta ese momento de mi rodaje.

Ya con mi cámara sobre el trípode inicié una serie de tomas y todo estaba tranquilo hasta el momento en que sentí que algo o alguien se me acercaba por la espalda, no quise voltear mi mirada, preferí girar la cámara un poco hacia atrás como si fuese a iniciar un nuevo paneo para ver si era uno de los chicos que venían hacia mí, mi asombro fue enorme cuando descubrí que quien venía hacia mí era el comandante paramilitar, solo, sin guardaespaldas, como nunca lo había visto. Temblé, mi corazón se agitó, mi respiración se cortó. Yo, que hasta hace unos segundos había agradecido a la vida por permitirme salir con vida de este rodaje, en este momento, recé por que fuera real ese agradecimiento. Ver a este comandante buscándome en el momento en que estábamos solos, me dio la clara señal de que me quería hacer daño aprovechando la ausencia de testigos. A pocos metros de él tuve la seguridad de que no habría escapatoria de mi fatal final.

El comandante finalmente llegó y se paró a mi lado, fingí no haberlo visto, me hice el sorprendido y lo saludé con cierta reverencia y con un estilo casual que en el último segundo logré planear. Hice otra toma del amanecer y con voz entre cortada se me ocurrió romper el silencio con una frase de admiración acerca de la belleza y grandeza del paisaje, de la naturaleza, la insignificancia de nuestra existencia y cuanta palabra elocuente se me ocurría y que de alguna manera tuviera su aprobación. Quería que completara con sus palabras la belleza del paisaje que nos rodeaba, que dijera algo, pero no hubo respuesta. Un incómodo silencio se prolongó por segundos que parecieron una eternidad. Así nos quedamos por un buen rato, en mi interior sentí que mi final se acercaba, repasaba mis actos de los últimos días y no comprendía que podía haber hecho mal o de forma imprudente que lo ofendiera, entonces, presentía que en cualquier momento sacaría su pistola, me diría los motivos de mi asesinato y dispararía. Finalmente, miró a su alrededor como para confirmar que nadie nos veía, me llamo por mi nombre, lo miré, el evadió mi mirada como lo hacen los asesinos, luego extendió su mano derecha y con una voz ronca me dijo: ¿puede darme algunos de sus dulces?

Yo no lo podía creer, lo seguía mirando, creía que me iba a decir algo más, que los dulces eran solo una distracción o el preámbulo para sus verdaderas intenciones, solo cuando vi que su mano derecha continuaba extendida logré reaccionar y creer que era verdad. Aterrado lleve mi mano al bolsillo donde habían sobrado dulces del día anterior, saqué todos los que tenía y se los di. El dio media vuelta y se marchó, no dijo gracias, no me dijo nada más, mientras se alejaba destapó uno de los dulces y se lo llevó a la boca. Yo no dejé de mirarlo. Los pájaros iniciaban sus cantos y los loros, que en aquel sector abundan, iniciaron su parloteo y su bulla mientras yo veía al comandante paramilitar más poderoso de la zona salir satisfecho porque un desconocido calmó su deseo de chupar unos dulces. Ese día terminé mi rodaje y me fui del caserío, que años más tarde, anegaría de agua la represa de Ituango, la más grande del país. Aquel día me fui de aquel caserío indígena sin que el comandante y sus guardaespaldas me vigilaran como siempre solían hacerlo. Le dejé a mi contacto indígena los dulces que me sobraron para que los repartiera entre los niños y el comandante. No comprendió esta solicitud, me miro extrañado, le insistí y le dije que, tras mi partida, se los entregara.

El valor de estos pequeños niños para cruzar ese caudaloso río y la debilidad inconfesa de un hombre poderoso que mostraba gusto por los dulces fue algo que me impresionó de este episodio de mi vida. El documental finalmente se realizó, se lo llevaron a la comunidad, pero no pudieron verlo porque no tenían televisión, eso fue una total ironía. En el documental no pude hablar, ni del valor de estos niños, ni de la debilidad del comandante por los dulces, no tanto porque no hicieran parte del tema central del documental, sino porque cualquiera de los dos sucesos podía darse para malentendidos, en el caso de los niños, podría significar el descuido de sus padres y en el caso del comandante, porque yo podría correr peligro al publicarlo. Esto me dejó claro que, a pesar de que el género narrativo del documental suele asociarse con la verdad, también es cierto que este género deja por fuera del lente lo esencial de una historia, y sobre todo, de la vida. Entendí que hasta los poderosos tiene su humanidad.